

LA ENSEÑANZA MEDIA EN LA ARGENTINA

EL PUNTO CRÍTICO

Escribe ADRIANA PUIGGROS

La autora, doctora en Ciencias de la Educación, investigadora de la Universidad Autónoma de México y ex decana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, expone las limitaciones de un sistema educativo autoritario e ineficiente así como las propuestas para encarar su reforma estructural.

umerosos y persistentes síntomas están advirtiendo que la situación de la enseñanza media argentina es catastrófica y que constituye el punto más crítico de todo el sistema educacional. La enseñanza media latinoamericana se imparte en instituciones perimidas, mediante currículos arcaicos y con sistemas disciplinarios que oscilan por períodos entre el más peligroso autoritarismo y el caos incontrolable. Empero, la situación de la Argentina es una de las peores. La dictadura produjo una asfixia del nivel, manifestando el odio a la juventud de los sectores más reaccionarios de la sociedad. Los escasos pero existentes intentos y experiencias anteriores, tendientes a mejorar la enseñanza y la convivencia en la escuela, quedaron desvirtuados. El autoritarismo muchas veces brutal, la ineficiencia académica y la decadencia de los vínculos entre profesores y alumnos, congestionaron, entonces, un sistema ya gravemente enfermo desde tiempo atrás. La liberalización producida desde el arribo de la democracia, puso al descubierto el vaciamiento de sentidos que había sufrido la enseñanza media y el descreimiento reinante entre alumnos, profesores, administrativos, padres y autoridades respecto a sus objetivos y al conjunto de su práctica. Todos sabemos que, salvo contadas excepciones, en las grandes escuelas secundarias de Buenos Aires ningún adolescente aprende nada

pero, eso sí, está expuesto a todo tipo de agresiones sociales que van desde el abandono que siente como persona, hasta los episodios de violencia física y psicológica. Estos se producen en comunidades juveniles compelidas a permanecer dentro de espacios institucionales donde reinan formas de organización y dirección reñentes a la participación e inadecuadas para conducir masas indiscriminadas de adolescentes.

A los anteriores síntomas de crisis debemos agregar el significativo peso de un crecimiento no planificado del nivel medio, que, en lugar de canalizarse hacia instituciones adecuadas, desborda la capacidad de los viejos liceos y colegios nacionales. Conviene detenerse un instante en este hecho porque habla de una falta de previsión que lleva décadas y evidencia tendencias políticas y sociales que son suicidas. Resulta inconcebible que la sociedad sus dirigentes y sus educadores, hayan abandonado los proyectos para la juventud se desinteresen de su destino y cometan el desatino de, en el mejor de los casos, echar agua tibia sobre las heridas incurables de la educación media, antes que encarar los problemas de fondo que la aquejan. Establecimientos fundados para trescientos o quinientos alumnos, poblados hoy por dos o tres mil en tres turnos, sin haber recibido otra modificación que el agregado de unas cuantas aulas, son la mejor prueba de ello.

Toda escuela de educación media de

más de cuatrocientos alumnos, es una empresa ineficiente. Se convierten en problemas su administración, su dirección político-pedagógica y su funcionamiento. Entre docentes y alumnos se produce una distinción insalvable; todos los sistemas de vinculación (entre alumnos, entre profesores, autoridades, etc.) se complican y quedan fuera de ellos un actor fundamental: el proceso de conocimiento. Los vínculos que se establecen nadie tienen que ver con la relación de enseñanza-aprendizaje que da sentido a una comunidad educacional. Los sistemas reformistas de representación de estudiantes, docentes de servicio y ejercicio de la dirección, resultan inútiles y se pierden en una maraña de problemas que nadie alcanza a atender. Si a esta situación de hacinamiento inorgánico le sumamos las condiciones edilicias, podemos suponer la imagen que va constituyendo de la sociedad, ese adolescente que está obligado a pasar la mayor parte de sus días en un lugar inhóspito cuyo sentido nadie alcanza a explicarle.

El sistema de educación media de nuestro país se caracteriza por la indefinición de sus objetivos. Mientras en otros países latinoamericanos, se registra una tendencia a la mayor diferenciación de modalidades y orientaciones en este nivel, en la Argentina se persiste en el incremento de los clásicos bachilleratos, orientándose la enseñanza hacia la Universidad.

Las instituciones de educación superior, reciben una población que fue discapacitada, desorientada y sobre todo que ha perdido todo interés por el estudio, la cultura o la ciencia. Llega a la universidad porque no tiene otro lugar adonde ir.

En un país democrático los estudios secundarios deben posibilitar el acceso a los de nivel superior, así como a los cambios de especialidad dentro del mismo nivel. También deben proporcionar una formación que posibilite al joven acceder al mercado de trabajo, jerarquizando modalidades técnicas al mismo tiempo que impulsar una sólida formación general de tipo humanístico-científica. Es necesario proporcionarle oportunidades intermedias, diferenciando el ciclo, produciendo una formación real entre los primeros años (teniendo su carácter integral) y los dos o tres últimos, en los cuales los estudiantes deben recibir capacitación técnica, pero también una fuerte motivación hacia la ciencia y la cultura. Tanto si abandonan el sistema educativo al concluir el ciclo medio, como si ingresaran a la universidad, la sociedad deberá motivar a los jóvenes en las múltiples áreas del conocimiento y de la vida en las cuales deberían poder desarrollar su capacidad de creación y desplegar un conjunto de intereses. Los jóvenes tienen derecho a vislumbrar que la vida no se agota en la deplorable situación laboral y social que la mayor parte de ellos tiene por delante.

El sistema de educación media argentino no requiere una reforma estructural. Debe flexibilizarse, ofrecer opciones múltiples, acordar un sistema de evaluación participativo que permita a los estudiantes conocer su propio proceso de aprendizaje y a los docentes registrar la eficiencia de su trabajo y el de sus alumnos. Negar esa información es antidemocrático. Deben desarrollarse nuevas formas de convivencia centradas en la tarea y encaminadas hacia metas compartidas.



El temor a la participación docente y estudiantil en el conjunto de la gestión de la enseñanza media, impide construir un nuevo sistema de enseñanza-aprendizaje. No es posible realizar reforma alguna, sin el consenso activo de ambos sectores.